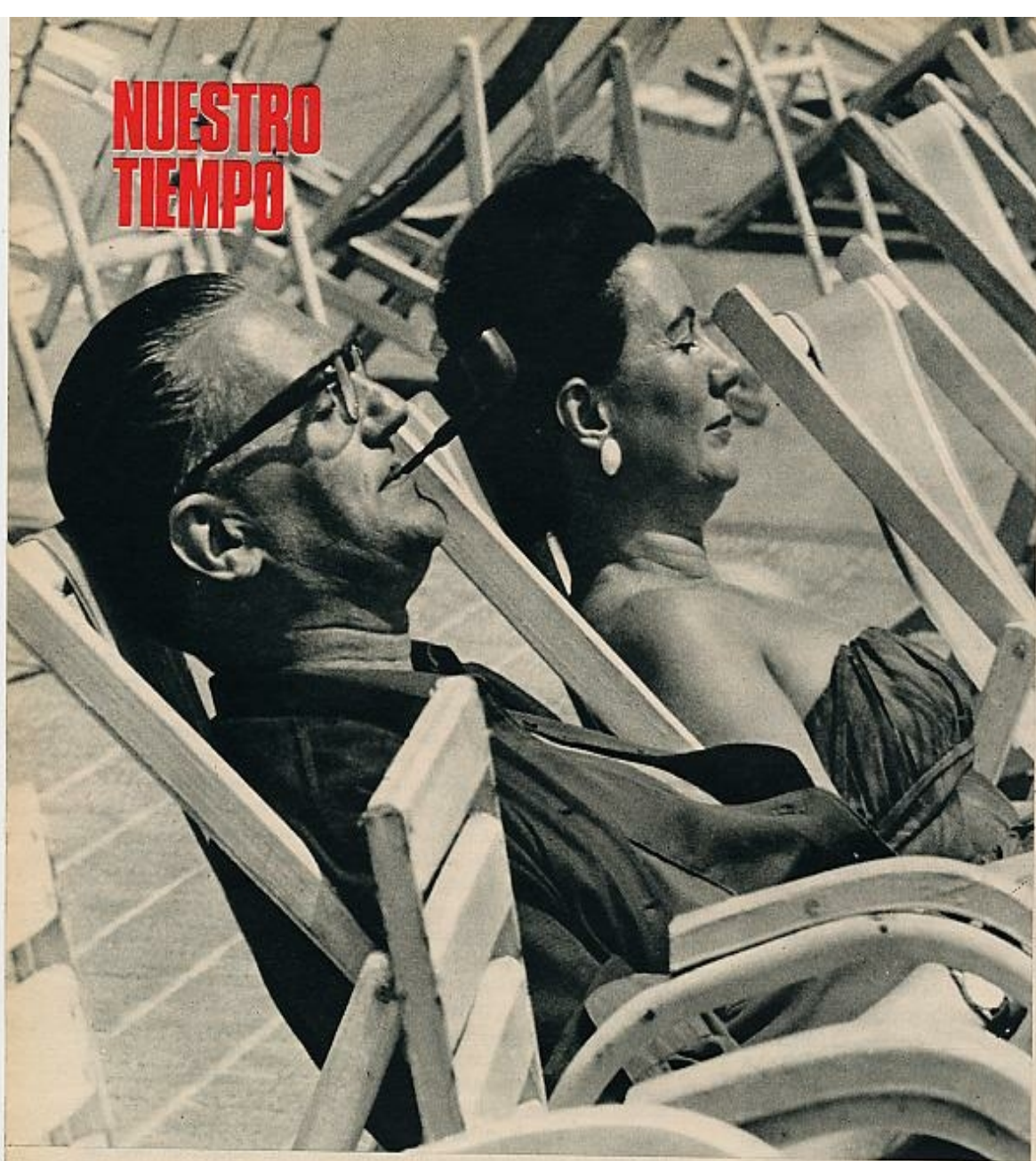
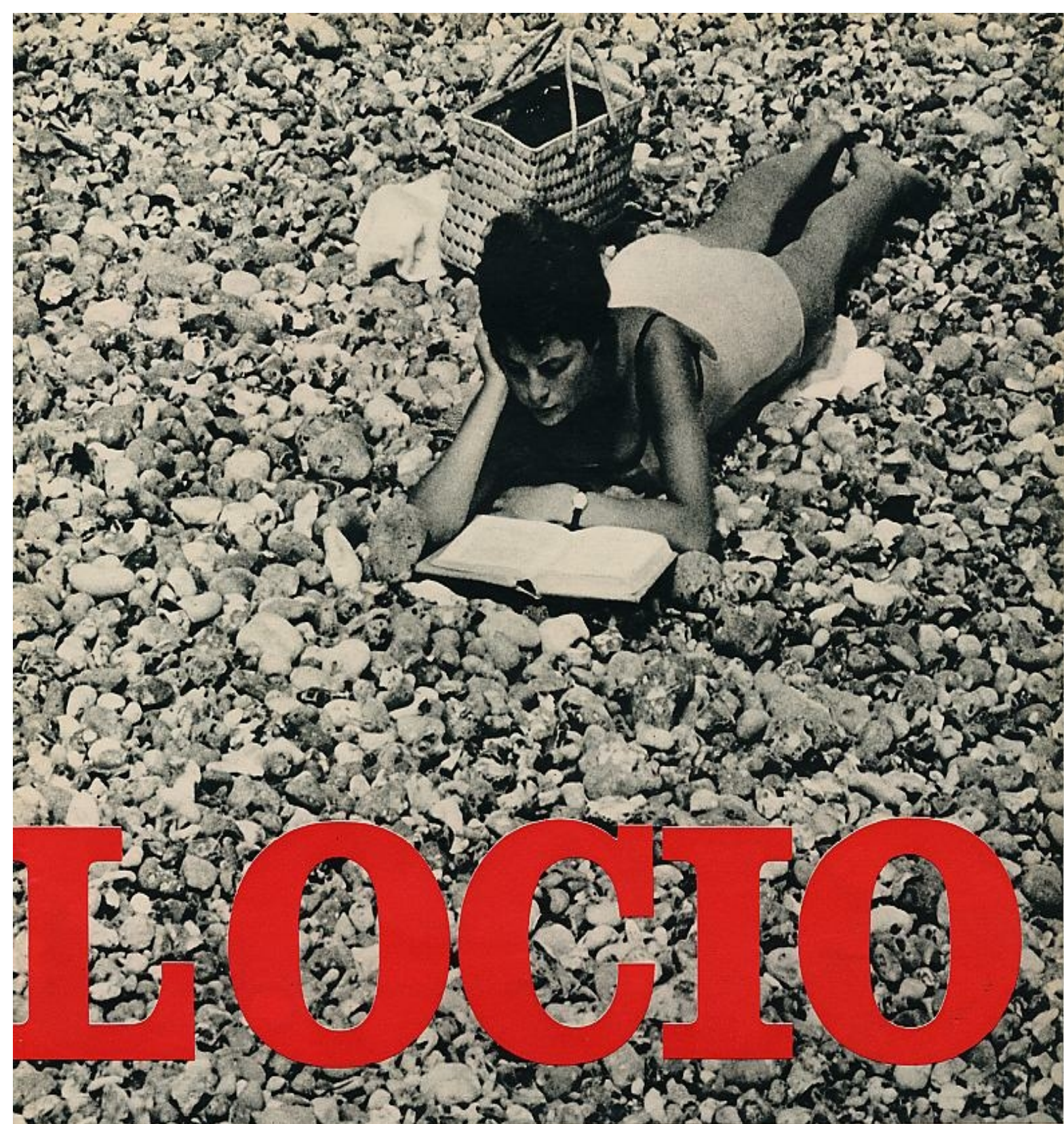


**NUESTRO  
TIEMPO**



**Un nuevo p**

Recursos clásicos para el problema del ocio: el juego, la lectura, el simple descanso. En las vacaciones se da una lucha contra reloj, tratando de sujetar la fuga del tiempo libre. Extraer de las horas que pasan algo realmente creador es un grave problema que cada día se torna más agobiador.



## Problema para el hombre actual: el tiempo libre

¿Qué hacer? El hombre contemporáneo, el ciudadano de las sociedades industrializadas, se enfrenta a un problema nuevo. La disminución de las horas de trabajo, la progresiva automatización del trabajo, han ido ampliando el espacio de horas libres. El ocio aparece en el horizonte. Todavía no se puede hablar de una norma general, pero el problema se perfila ya con caracteres netos. En la mayor parte de los países europeos, más del cincuenta por ciento de los trabajadores disponen por completo de sus sábados y domingos. Los comerciantes, aunque trabajen los sábados, suelen disponer de otro día a la semana —en general

los lunes— que les permite también rebajar su tiempo laboral en cuarenta y ocho horas.

En nuestro país, el tiempo libre todavía es un problema periférico. Una gran parte de los trabajadores ocupan plenamente su tiempo, se ayudan con unas horas más al día: es el pluriempleo. Es evidente que aún no ha aparecido la sombra del «¿Qué hacer?». La vida cotidiana tiene unas urgencias que no pueden ser escamoteadas o convertidas en pasatiempo. El trabajador medio español es todavía un ciudadano de un país en vías de industrialización.

SIGUE



# EL OCIO



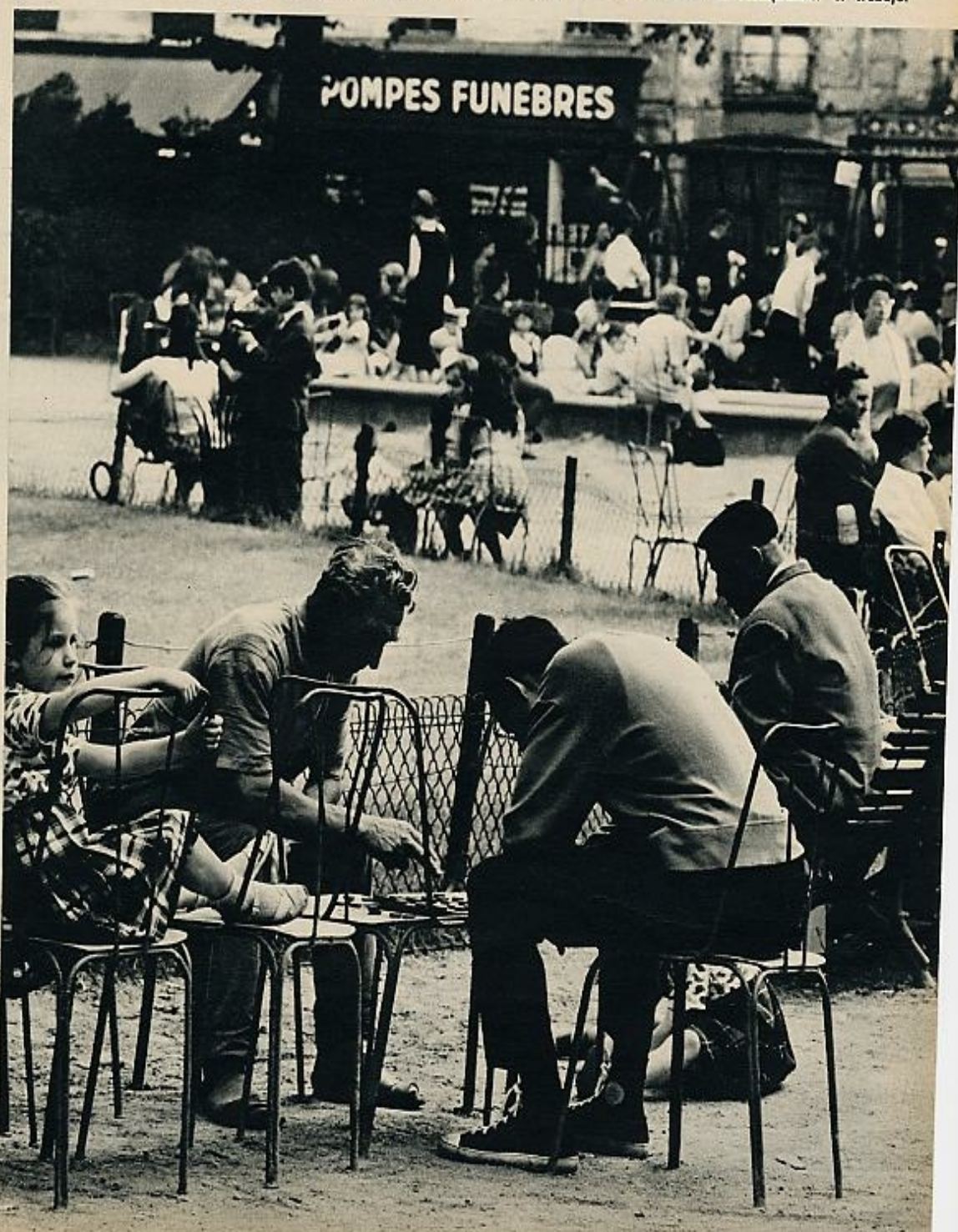
Un día de fiesta en una gran ciudad: los parques públicos y de atracciones se llenan de una multitud que busca una evasión antes de reemprender el trabajo.

## mitos y problemas

El hombre de las grandes ciudades —se ha dicho muchas veces— vive abocado a las enfermedades mentales de cualquier tipo. La prisa de la vida contemporánea es ya tónica. La producción industrial exige rapidez, una rapidez que va triturando lentamente los mecanismos nerviosos. Con los progresos de la automatización, desde que en la producción industrial se entroniza el taylorismo, el proceso de la alienación del trabajador se ha agudizado. El trabajador no domina conjuntos: su trabajo es fragmentario, despegado de un todo del cual es sólo un minúsculo mecanismo. Charlot ilustró este acontecimiento en una célebre película: «Tiempos modernos». La falla de la visión de Charlot estaba en que sólo veía el problema desde un punto de vista romántico, sentimental. Su alegato era válido en cuanto que planteaba un problema real —la alienación del trabajador en un trabajo superespecializado—, pero olvidaba que para sustraerse a esa alienación hace falta asumirla y superarla, integrando la técnica en un conjunto superior de medios que conduzcan a una progresiva dominación de las fuerzas naturales.

Existe la tentación de pensar al hombre contemporáneo perdido en la maraña de la organización industrial. El mítico hombre medio estaría sumergido en el mundo de la pura animalidad, ciego a todo cuanto sea verdaderamente humano. Sabemos la procedencia de esa idea. Procede de una mentalidad específica, que Charlot refleja en un nivel y un Heidegger en otro. El «Das man» de Heidegger es ese hombre que ha vuelto a su primitividad, confundido con la masa, ajeno a las virtudes de una élite que es la que hace la historia. Entre nosotros esta concepción social tuvo un ilustre representante en Ortega y Gasset. En el fondo lo que late en estas teorías de las élites es una negatividad profunda que rechaza cualquier idea de progreso social y se vuelve atrás, buscando en el pasado una supuesta edad dorada en la que el hombre tenía libre acceso al ejercicio de su humanidad. Sin embargo, olvidan una cosa: el hombre antiguo, que suelen ofrecer como modelo, el hom-

**SIGUE**





mezcla equilibrada de las más raras esencias vegetales... Eau de Cologne *Moustache*\*

MARCEL ROCHAS  
PARIS

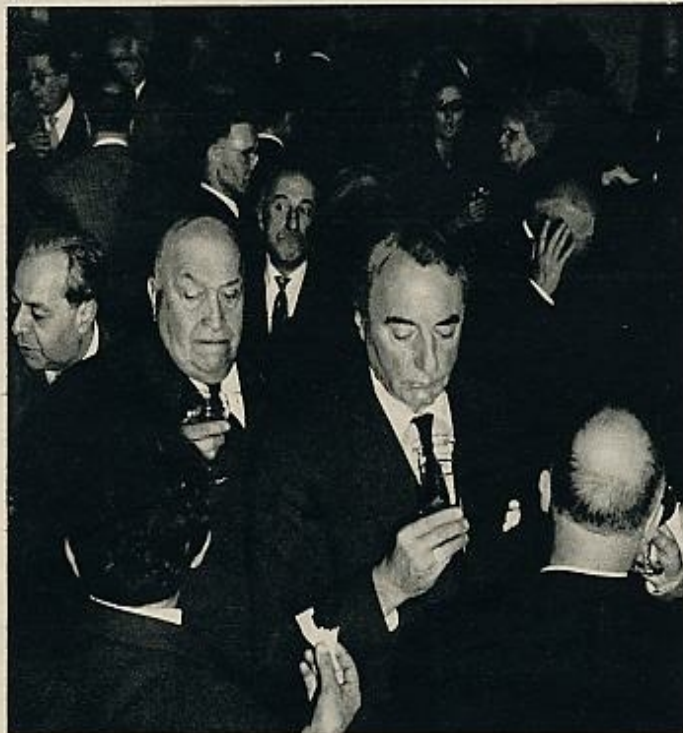
\* l'Eau de Cologne MOUSTACHE, con su perfume rico y tenaz, es el mejor de los regalos.

bre de la sociedad griega en especial, hacían soportar el peso de su educación humanista sobre la espalda de una clase productiva —los esclavos—, que eran los que sentaban las condiciones materiales para que los milagros de la cultura se produjeran. Platón filosofaba en la Academia, rodeado de sus discípulos de la aristocracia ateniense, pero en el fondo de las minas eran los oscuros esclavos tracios o sirios los que, con su esfuerzo productivo, estaban escribiendo uno de los capítulos más importantes de la Historia de la Humanidad.

## cultura de masa

Cada día se torna más difícil convertir el ocio en una actividad creadora. Pero no porque el hombre contemporáneo haya perdido unas supuestas esencias culturales agotadas en el proceso de masificación de las sociedades modernas. La masificación ha tenido su correlato objetivo en la progresiva democratización de los medios de diversión. El acceso de la clase trabajadora a una serie de medios que ayer eran coto cerrado de una minoría ha servido a los fines de la igualdad social. Bien que, como contrapartida, las clases altas hayan hecho un verdadero «tour de force» para inventarse nuevas diversiones, entretenimientos cada vez más exquisitos que la alejen del resto de las capas sociales. Una de las características de las modernas aristocracias ha sido el consumo ostentoso, fenómeno que ya un sociólogo de la penetración de Veblen señaló hace exactamente sesenta y siete años, en su famosa «Teoría de la clase ociosa». Pero, en lo fundamental, el acceso a los nuevos medios de diversión se ha ido progresivamente haciendo más amplio. El tiempo libre, desde el logro histórico de la jornada de diez horas, se ha ido ampliando en los países más desarrollados. Y con esta ampliación ha ido accediendo a un primer plano la necesidad de extraer de ese tiempo libre la mayor cantidad posible de goce.

Un viejo refrán dice: «La ociosidad es madre de todos los vicios». Uno duda pensando si el inventor de esta máxima no sería un redomado retrógrado que, escudado detrás de sus privilegios, no quería para los demás lo que él gozaba ampliamente. Puede ser esto y puede ser también —y esto es lo más probable— el reflejo de una mentalidad típica de los pragmáticos tiempos modernos. Perdido el viejo ideal contemplativo de la Edad Media, una nueva ética aparece en el mundo: la ética de la eficacia, la ética calvinista del precapitalismo. De un modo u otro todos los países —incluso aquellos que, como España, vivieron al margen de la gran aventura conquistadora de la burguesía— se impregnaron de esta mentalidad. El ideal no era ya la contemplación, era lo útil. El ilustrado aristócrata dieciochesco no ocupaba sus ocios con la contemplación filosófica, ni con el estéril discutir sobre metafísicos problemas que no concierne directamente a sus humanos afanes. Más bien ensayaba el trabajo material —claro que a una cómoda escala— y construía máquinas ingeniosas, hacía experimentos, se preocupaba por la aceleración de la ciencia. Su inte-



Las fiestas sociales suelen ser un antídoto contra el aburrimiento. Pero a veces el rostro de los participantes traiciona una animación que no es real.

rés era todavía de diletante. Pero a su lado el burgués acechaba ya, esperando que todo aquel fervor por la técnica se volviera definitivamente de su lado y pudiera utilizarlo para sus fines. En esta primera etapa de constitución de las sociedades modernas el ocio era un lujo productivo. Tendría que pasar mucho tiempo antes que el tiempo libre pudiera convertirse en una nueva posibilidad de humanización del hombre. El siglo XIX es un siglo que, en las naciones industrializadas, nos da la impresión que es una época sin huecos en donde el trabajador no tiene más opción que trabajar hasta el extenuamiento. En un principio, al hombre contemporáneo, el automóvil, los transportes públicos le supusieron una gran conquista en el goce del tiempo libre. La mecanización del transporte permite recorrer, para pasar unos días de vacaciones, distancias que antes sólo se podían salvar mediante grandes pérdidas de tiempo e incomodidades innumerables. Sin embargo, la congestión del tráfico produjo una saturación que está amenazando algunas de las bases del goce del tiempo libre. Las dificultades de aparcamiento, la insuficiencia del transporte —sobre todo en países como el nuestro, poco preparado para subvenir a todas las necesidades marginales que provoca un proceso de industrialización— amargan las horas libres de muchos automovilistas o de simples usuarios de los transportes públicos. Las grandes concentraciones urbanas ofrecen al espectador desinteresado —si es posible esa maravilla— el espectáculo de una especie de manifestación delirante de la lucha por la vida. Las salidas de las ciudades en los fines de semana se convierten en lentos infiernos, caravanas de vehículos que avanzan a velocidades de tortuga en busca de lugares donde reposar tranquilamente y hacerse la ilusión que la campiña es un paraíso.

Queda una alternativa: quedarse en casa. Pero eso no es excesivamente tentador. Sin embargo, para muchos constituye la única alternativa. La televisión ha contribuido, en cierto modo, a revalorizar la función de la casa como habitación donde es posible todavía el goce de unos placeres que antes había que ir a buscar a lugares públicos. Es conocido el descenso de asistencia al cine a partir del desarrollo de los medios televisivos de comunicación de masas. Pero, por otra parte, esta diversión está circunscrita a temas muy poco variables. Depende de la cantidad de canales que se puedan buscar, depende de las comodidades que la casa ofrezca en su conjunto. La salida de la ciudad constituye el ideal del hombre de las ciudades.

## un problema y una solución

Pero el tiempo libre se constituye a otro nivel: cómo hacer que el tiempo libre se convierta en un tiempo positivo, que no disperse todavía más al hombre, sino que sirva para su realización más plena. Es éste un problema de política cultural: actuar de modo que el ocio se llene de valores positivos, que sirvan para que el hombre se sienta armado frente a la precariedad de valores del tiempo histórico que nos ha tocado vivir. Esta creación de valores no reside, desde luego, en el retorno a una concepción del mundo aristocrático, sino, al contrario, en que se devuelva el equilibrio al hombre, que el nuevo mundo de la ciencia, del desarrollo de los medios de producción, sirva a la radical humanización de la vida.

Un conocido teórico del neocapitalismo, Jean Fourastié, ha indicado que la prolongación en Francia de un año del período escolar significa una pérdida económica equivalente a dos ho-

# EL OCIO

ras de descanso a la semana de un obrero. Es éste un ejemplo típico de una mentalidad que pretende que el progresivo acceso de las masas a la educación es un fenómeno regresivo. Sabemos que las causas son muy otras; el ejemplo de Fourastié no significa nada, es demagógico. El tiempo libre no está amenazado por causas como las que apunta el ensayista francés. Quien lo amenaza realmente es el mecanismo de la sociedad de consumo con su enloquecida carrera hacia unas metas que nadie ha previsto, en las cuales el hombre contemporáneo puede naufragar si no reacciona debidamente.

En España —lo hemos indicado— el problema de la utilización del tiempo libre está todavía en su prehistoria. El pluriempleo, las horas extraordinarias, la necesidad de llevarse trabajo a casa para el fin de semana hacen que el ocio no se nos aparezca todavía en nuestro horizonte. Las salidas de Madrid un sábado por la tarde, son un tímido ensayo de lo que ocurre en ciudades como París o como Londres. Pero convendría ya, desde ahora, plantearnos unos problemas que, tarde o temprano, han de aparecer entre nosotros. No vale lamentarse sobre el desgaste espiritual del hombre contemporáneo, si antes no hemos sentido las bases para que el tiempo libre pueda ser utilizado de un modo constructivo. La difusión de los medios de información pueden ayudar a ello. Es su deber ineludible. En vez de servir una literatura sensacionalista, un cine entontecedor, es necesario crear unos medios de difusión que, asumiendo todos los adelantos de la técnica, ayuden al hombre a reconocerse a sí mismo y a sus semejantes. En cierto modo habría que volver al viejo lema de «Instruir deleitando», un lema de sabor clásico, pero de un clasicismo constructivo y eficaz.

Mientras no resolvamos el problema del tiempo libre en las sociedades contemporáneas, un contingente enorme de energías se dispersarán en un afán, muchas veces inútil, de encontrar un reposo inasequible. En el campo o en la ciudad el hombre sigue siendo el mismo. Hay que hacer que lo que entorpece al hombre crear libremente y disfrutar de la alegría de su creación se vaya cambiando. El aumento alarmante de la delincuencia juvenil, con el galopante ascenso del porcentaje de suicidios y otros muchos fenómenos sociales regresivos, tiene un caldo de cultivo envidiable en esas horas muertas que nadie ha enseñado a llenar de un quehacer constructivo.

Visite un museo o pasee por un parque, lea un libro o juegue a las cartas, el hombre contemporáneo lucha desesperadamente contra ese tiempo libre que se le va de las manos, al borde siempre de la cotidianidad laboral, tratando de encontrar una solución que le ayude a realizarse y a recuperar el equilibrio en una sociedad andrágica, cuya divisa parece ser todavía la que enunciara Hobbes: «El hombre es lobo para el hombre». Pero el hombre nunca se plantea algo que no pueda resolver. Allá donde llegan sus problemas llega su voluntad de superarlos.

JAVIER ALFAYA

Fotos RADIAL PRESS y ALMAY